

PIRATAS Y CORSARIOS EN LA POESÍA DE LA COORDENADA ATLÁNTICA: JUAN DE CASTELLANOS, BARTOLOME CAIRASCO DE FIGUEROA Y SILVESTRE DE BALBOA

BELÉN CASTRO MORALES
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

Espejo de Paciencia (1608), la única obra conocida del poeta grancañario Silvestre de Balboa, refleja diversos e interesantes aspectos literarios y socio-históricos de la azarosa época en que fue escrito. Desde su mérito más circunstancial y epidérmico, que consiste en ser el texto fundacional de la literatura cubana, hasta otros más recónditos, el poema heroico de Balboa invita a la relectura y al análisis. Sus octavas reales, tan pintorescas o prosaicas en algunos momentos, no dejan de ofrecernos un documento excepcional para constatar de qué modo una literatura periférica y doblemente insular (canaria por la procedencia del poeta, cubana por el enclave de la escritura, atlántica por el espacio cultural común) empieza a tomar cuerpo sobre una urdimbre de doble sentido: el canon de la literatura culta de la época -particularmente los modelos épicos, reactivados a raíz de la conquista de América y cristalizados en *La Araucana*, de Alonso de Ercilla- y una nueva realidad americana que lucha por obtener su expresión y por dejar los relieves de su identidad en los moldes que la tradición y el gusto del momento imponían a la lengua literaria culta.

En este trabajo pretendemos ceñirnos a uno de los aspectos temáticos menos estudiados de *Espejo de Paciencia*: el de la piratería, encarnado en el corsario francés Gilberto Girón. No nos interesa tanto describir su acción en el relato heroico de Balboa, como secuestrador del obispo Cabezas Altamirano y desencadenante, por tanto, de la trama heroica del poema, sino más bien, determinar de qué modo la persona histórica se transfigura en personaje literario, cuáles son las marcas que lo caracterizan y de qué modo éstas se relacionan con la tradición cultural próxima a Balboa. Para ello acudiremos a otras obras que, en América y en Canarias, establecen una relación que trasciende la mera coincidencia temática. Estas obras son el "Discurso de el Capitán Francisco Drake", escrita entre 1586 y 1587 en Cartagena de Indias por el autor de las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, Juan de Castellanos; y dos poemas de Bartolomé Cairasco de Figueroa, donde el poeta grancañario cantó con variantes formales la victoria de los isleños sobre el mis-

mo Sir Francis Drake, en 1595. Ignoramos si Balboa y Cairasco leyeron el poema de Castellanos en alguna copia manuscrita, aunque parece acertado pensar que así pudo ser, a la luz de las coincidencias que analizaremos. Y mucho menos arriesgado será afirmar que Balboa leyó a Cairasco. Habrá que investigar también hasta qué punto una obra como *La Dragontea* de Lope de Vega, de 1598 y, por tanto, la primera publicada sobre las andanzas de Drake, pudo servir de inspiración a los dos poetas canarios¹. Pero a través de estos textos no buscamos la influencia o la fuente con obsesión detectivesca, dado que los tres poetas, lectores de la tradición literaria en un momento marcado por la *imitatio*, son intérpretes del mismo acervo culto, autores del mismo texto cultural donde se perpetúa y se modifica a la vez la cosmovisión y la escritura de su época desde un paralelo cultural que empieza a expresarse y a definirse en la historia.

Castellanos, Cairasco y Balboa, más allá de algunas insalvables diferencias individuales, coinciden en dar soluciones similares a un tema común, el de la piratería en el Atlántico y en el Caribe; un tema nuevo en esa coordenada histórico-cultural abierta a raíz de la conquista española de las Canarias y de América. La novedad del asunto lleva consigo el carácter experimental de estos textos que, con viejos tópicos, hablarán de unas realidades literariamente inéditas hasta ese momento. En las más recientes fronteras del Imperio, separados por un inmenso mar, el mundo se expresa a través de una escritura que aspira a ser "Alta Literatura", impregnada de una ideología que es la del "Centro", del que emana también el discurso del poder imperial. Porque, aunque la realidad americana era más compleja, la lengua literaria trasplantada a América tiende a fluir por los cauces de esa ortodoxia hispánica, severamente preservada por diversos mecanismos culturales y político-religiosos, que van desde el estu-

¹ El discurso ideológico, el uso de la octava real y el tono heroico están ya en la obra de Lope de Vega. También la tendencia a la construcción alegórica. Sin embargo, más allá de esos rasgos generales, no creemos posible establecer profundas relaciones intertextuales. Vid. John Arthur Ray: *Drake dans la poésie espagnole*. París, 1906.

dio de la retórica y de los clásicos hasta la vigilancia severa de la Inquisición. La nueva realidad queda solapada bajo lugares comunes de gran prestigio europeo (el *locus amoenus*, la Arcadia pastoril, o la Troya épica) y se ve forzada a adaptarse a las viejas pautas. Como ha dicho el crítico José Promis,

La naturaleza aristocrática del concepto moderno de la escritura artística determina uno de los rasgos más notables de ciertos primitivos textos hispanoamericanos. Las normas del lenguaje cortesano no limitan su obligatoriedad al discurso que se escribe dentro de los límites europeos del imperio: también cruzan el Atlántico en las naves conquistadoras y someten bajo su dominio al lenguaje fundacional de los primeros cronistas y relatores de los hechos de Indias (...) el idioma lo(s) amarra y borra distancias para sumergirlo(s) en dos mundos temporales y espaciales distintos, pero que se amalgaman a través del proceso de la palabra escrita².

Sin embargo, esa verdadera realidad (maravilla, exuberancia, alteridad, barbarie) a veces empuja y violenta el manto ajeno que la recubre y oprime. Aflora entonces en excepcionales obras como *Espejo de Paciencia*, donde se puede apreciar el apasionante proceso de transculturación, sincretismo y ósmosis entre lo ajeno y lo propio, entre lo clásico y lo nuevo.

Las tres visiones que analizaremos son deudoras de la historia y se acercan a la crónica o a la relación: informan, aclaran, asientan datos, nombres, fechas. Pero también, pese a los altibajos de la musa, quieren ser literatura, palabra fundacional de un espacio y una sociedad que emergen de la nebulosa de lo innombrado para convertirse, en virtud de la palabra poética, en entidad cultural, en materia dignificada, ordenada y elevada hasta las alturas del mito.

Y nada mejor que la confrontación y la dualidad establecida contra el pirata enemigo para definir una identidad propia: frente al invasor se organizará en los textos de los tres autores no una milicia profesional, sino todo el complejo social del respectivo lugar atacado. Los cohesionan la defensa de lo propio y los inspira un sistema de valores que fortalece, sin duda, la identidad criolla en los primeros momentos fermentales de su existencia. La dualidad maniqueísta, la oposición sin matices entre buenos y malos, será la expresión de ese sentimiento.

La construcción de esa identidad es un proceso psicológico que puede rastrearse en las grandes epopeyas de la humanidad, y por ello no parece casual que los tres autores recurran a viejos modelos épico-heroicos que, reactivados por la primera gran epopeya america-

na, *La Araucana*, se actualizan para expresar la improvisada solución de los problemas locales en aquellos momentos de germinación social. Al mismo tiempo, en paralelo, se irá abriendo camino la expresión también heroica de esa identidad aún inmadura, incompleta, más bien utópica en la época colonial.

Los piratas en el Atlántico: historia y poesía

Los propósitos de este trabajo nos obligan a partir, evidentemente, de la realidad histórica de la piratería atlántica en los siglos XVI y XVII, así como a explorar el plano ideológico que enjuicia al pirata extranjero y le confiere negativas marcas morales respecto al sistema de valores políticos, económicos y religiosos de la época. Considerados estos presupuestos, podrá analizarse de qué modo el pirata, condenado a ser vilipendiado antagonista de todas las acciones literarias en que participa, es al mismo tiempo el portador de esenciales claves del relato: el peligro, el enfrentamiento, la violencia; en suma, la aventura, que garantiza la dinámica de estos relatos como relatos de "acción".

La figura del pirata, protagonista de la economía marginal desde los viejos tiempos de la antigüedad, tiene una oscura génesis como personaje literario y un difuso tránsito al territorio de la ficción y del relato de aventuras. En las letras hispanoamericanas es sumamente interesante asistir al desarrollo de un personaje literario en el que se suman sus atributos delictivos, sus lacras morales y un estilo de vida marginal, libre, violento; un personaje, tal vez, secretamente admirado por aquellos mismos escritores que lo construyeron como ente demoníaco, enemigo de la corona española, de su economía y de su religión. Sea como fuere, al mismo tiempo que se fue identificando un antagonista literario bien tipificado y eficaz dentro de un esquema maniqueísta del tipo buenos/malos, también se fue dando ser a uno de los arquetipos viriles mejor definidos a través de las obras de la imaginación, desde el romántico y antisocial corsario byroniano, padre del pirata de Espronceda y del saltador del cubano Heredia, hasta esos otros de la filmografía hollywoodiense; desde los perversos "pata de palo" de las narraciones de la infancia hasta los hiperbólicos e histriónicos de Polanski.

La historia negra de la piratería inglesa, holandesa y francesa en el Atlántico contiene las acciones desestabilizadoras del orden hispánico protagonizadas por estos legendarios personajes que, muchas veces protegidos por sus respectivos gobiernos, castigaban las poblaciones costeras de la ruta atlántica de las Indias. El más conocido es el caso de Sir Francis Drake

²José Promis: *La identidad de Hispanoamérica. Ensayo sobre literatura colonial*. México, Universidad de Guadalajara, 1987, p. 27.

(1540-1596), llamado “el Dragón” o simplemente “el Francisco” en las numerosas relaciones que dan cuenta de los constantes saqueos que llevó a cabo por tierras españolas, canarias y americanas. Durante su expedición, que entre 1578 y 1580 dio la vuelta al mundo, aprovechó la debilidad de las fortificaciones y la insuficiencia de las armas defensivas de Ultramar para atesorar un considerable botín. Como él, muchos otros interceptaban las naves que, cargadas de mercancías de Oriente y de América del Sur, hacían escala en el Caribe y se dirigían a España.

En el contexto de las guerras religiosas que enfrentaron a los españoles -papistas- contra los “herejes luteranos” europeos, y en el marco de la competencia internacional de las potencias europeas por beneficiarse de las rutas atlánticas abiertas por el comercio español, la piratería y el contrabando empiezan a hostigar el incipiente equilibrio de la América hispánica. El espíritu de reivindicación católica emanado del Concilio de Trento y expresado en la cerrazón de la Contrarreforma, dan sentido y trascendencia internacional a estas invasiones de navegantes europeos que se ven tan repelidos por las armas y las estrategias de defensa material como por una creciente xenofobia³ contra estos enemigos de la fe católica, en quienes se ve coincidir el afán de rapiña y el cultivo de los peores vicios morales. Como veremos, las marcas retóricas de ese rechazo son bien visibles y reaparecen constantemente en un limitado número de variantes combinatorias.

El área del Caribe presentó la mayor efervescencia. La Habana fue saqueada por hugonotes franceses en 1555, y once años después John Hawkins empezó a comerciar ilegalmente en toda la zona, hasta que fue definitivamente repelido en 1568. Poco a poco, comunidades de piratas de distintas nacionalidades, llamados bucaneros o filibusteros, se fueron estableciendo en las islas del Caribe, convirtiéndose en una amenaza permanente para la flota española y para la conservación del régimen de monopolio, que pretendía centrar toda su actividad comercial en Sevilla.

Pero, como en el resto del Caribe, y junto al efecto violento de los ataques piráticos, en Cuba se produjo también la pacífica relación comercial prohibida -pero no menos real- del contrabando o comercio de rescate, que unía por lazos de interés a los mercaderes extranjeros con los habitantes de la isla. Judíos portugueses con contactos en los Países Bajos, ingleses y fran-

ceses se dedicaron a esta fructífera actividad muchas veces basada en el simple trueque de esclavos africanos o mercaderías diversas por cueros, salazones o tabaco. En la medida en que los americanos obtenían mejores beneficios de estos comerciantes extranjeros, esta práctica se extendió a la población, mientras oficialmente contrabandistas, corsarios y piratas se consideraban sinónimos: enemigos de España y competencia ilegal contra los intereses de la Monarquía Universal⁴.

Las Islas Canarias, como las del Caribe, sufrieron múltiples ataques de piratas y corsarios de distinta nacionalidad, desde los primeros protagonizados por navegantes portugueses y berberiscos hasta las numerosas acciones a cargo de piratas franceses, ingleses y holandeses. John Hawkins, Jacques de Sores, Jean de Capdeville o William Winter fueron algunos de los que irrumpieron en la calma de los puertos insulares⁵. Pero entre ellos destacan el temido Drake o el holandés Van Der Does, quienes se hicieron célebres por su agresividad contra las islas.

Juan de Castellanos y su “Discurso de el Capitán Francisco Drake”

El año 1604, fecha en que se desenvuelven los acontecimientos narrados por Silvestre de Balboa en *Espejo de Paciencia*, coincide con el auge del comercio ilegal en la zona del Caribe, así como con el fortalecimiento de la piratería en la zona. Sin embargo, no es éste el primer poema americano sobre la piratería. Un poeta estilísticamente muy cercano a Balboa, también americanizado, el sevillano Juan de Castellanos, ya había incluido en su voluminosa *Elegía de Varones Ilustres de Indias* su “Discurso de el Capitán Francisco Draque” (escrito en 1585 ó 1586) que, al pasar por la censura, fue literalmente cortado del manuscrito original. El censor, el navegante Pedro Sarmiento de Gamboa, debió estimar que el contenido de dicho “Discurso” no debía ser divulgado, pues ventilaba datos elocuentes sobre la endeble defensa de los puertos americanos, sobre la frágil resistencia del ejército español ante estos ataques y sobre el caos, en definitiva, de la organización defensiva hispánica en sus territorios ultramarinos. En efecto, la obra de Castellanos bien hubiera podido servir de cebo (aun sin proponérselo) para la “leyenda negra” contra la España imperial.

Por lo demás, la historia de este texto de Castellanos no deja de ser accidentada. Se conoce la existencia

³ “Su resultado más negativo (de la piratería) fue que su brutal actuación originase pronto en las Indias una fuerte xenofobia, que desde entonces y hasta hoy ha sido el factor quizá más importante en la preservación de una personalidad cultural e histórica hispanoamericana...” (Guillermo Céspedes del Castillo, *América Hispánica (1492-1898)*, Tomo IV de *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara. Barcelona, Labor, 1988, p. 269).

⁴Vid. Guillermo Céspedes del Castillo, op. cit.

⁵Vid. Antonio Rumeu de Armas: *Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*. (5 tomos) Edición facsímil. Viceconsejería de Cultura y Deportes, Cabildo de Gran Canaria y Cabildo de Tenerife. Madrid, 1991.

de dos manuscritos diferentes: uno, el censurado por Sarmiento; y otro, remitido por el propio autor al Dr. Melchor Pérez de Arteaga, Abad de Burgo Hondo, con el objeto de que fuera publicado como obra independiente, pese a que, en realidad, pertenecía a la tercera parte de la *Elegías de Varones Ilustres* y figuraba como colofón de la historia de Cartagena de Indias. Lo curioso es que sólo se reparó en la censura de Sarmiento cuando en 1850 se emprendió la publicación por la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra de la edición íntegra de las *Elegías*. Otra copia manuscrita (no recortada, sino en folios completos) apareció en Londres a finales del siglo pasado, donde había sido subastada en dos ocasiones (en 1836 y en 1919, por Sotheby). Después de pasar por las bibliotecas de varios coleccionistas, su último propietario, el librero Quaritch, la cedió a la Biblioteca del Instituto de Valencia de Don Juan, donde Angel González Palencia prologó y preparó la edición que se publicó, por fin, en 1921⁶.

Se ignora por qué causa Castellanos decidió separar del conjunto de su obra este "Discurso" sobre Drake, pero su lectura muestra su autonomía respecto al conjunto de las *Elegías*, y nos hace pensar que creía en las posibilidades de su publicación como poema independiente.

El "Discurso" está escrito en octavas reales y en tercetos, con un total de 715 estrofas, y con versos que frecuentemente se malogran por su plano prosaísmo. Narra la campaña de Drake contra dos enclaves antillanos: La Española y, con mayor detalle, Cartagena de Indias, donde obtuvo un formidable botín tras una dilatada ocupación de la ciudad.

Si algo llama la atención de este poema es el contraste o el desajuste entre lo heroico, plasmado en la esforzada defensa del lugar por sus habitantes, y lo caótico de la situación narrada. Estos dos planos coexisten y tienden a anularse el uno al otro, del mismo modo que el esfuerzo defensivo de los americanos no logra impedir que Drake se apodere de la ciudad y sólo la abandone después de haberla arruinado y destruido. No existe una victoria de los habitantes de Cartagena, por lo cual es lícito preguntarse a qué viene el tono heroico. Tal vez la clave radique en estos significativos versos que expresan la impotencia de los americanos tras el incendio y destrucción de Santo Domingo: "Allí se renovó la desventura/ y se perdió del todo la paÇienÇia" (p. 101) Podríamos decir que estamos ante

un asunto antiheroico, ante un poema del fracaso, pero que se reviste de grandeza épica para resaltar el heroico (e inútil) esfuerzo de estos habitantes de Cartagena que ven con sentimiento de orfandad cómo se consume su "paciencia" y su hacienda. El heroísmo de esos sufridos ciudadanos se desarrolla en un contexto de desorganización civil y militar tal, que la responsabilidad de la monarquía queda en entredicho. Y, al plantear este problema de fondo, el "Discurso" sobre Drake anticipa una situación muy similar a la que, un siglo después, nos relatará en otra narración de piratas, el mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora. Su relato *Infortunios de Alonso Ramírez* denuncia la misma indefensión, la misma desidia y corrupción de los cargos oficiales, el mismo fracaso del hombre de a pie que ve su dura existencia signada por la violencia de los piratas ingleses, adueñados de las costas americanas por la negligencia de la corona en materia de defensa. Como ha apuntado José Balza, obras de este tipo marcan el inicio de la "literatura de la violencia" tan persistente en las letras hispanoamericanas.

La imagen que nos transmite Castellanos es la de una zona militarmente desguarnecida, donde la defensa debe ser improvisada con muy pobres recursos, con un grupo que reclama su paga y otro que se debate entre el miedo y la tentación de huir; y donde el mismo cuerpo social está disgregado. Una alarmante muestra de esa disgregación social, no exenta de una velada crítica a los procedimientos de la colonización española, se lee en la octava que Castellanos pone en boca de los indios del Perú, quienes prefieren pasar a la tutela de los ingleses, traicionando a los hispanos:

**"No tienen, dicen, hambre tan canina,
ni castigan los indios con açotes,
no quieren oír missa ni doctrina,
ni se confiesan con los sacerdotes;
van donde el deseo los inclina,
aborreÇen frailescos capirotes;
si tales hombres lo sujetan todo,
dexarnos han vivir a nuestro modo"**
(p. 52)

Y cuando Drake se retira de Cartagena de Indias, Castellanos describe consternado cómo un grupo de esclavos negros, "gente novelera", elige el bando de los ingleses:

⁶Discurso de el Capitán Francisco Draque que compuso Joan de Castellanos, Beneficiado de Tunja, 1586-7. Edición y prólogo de Angel González Palencia. Madrid, Instituto de Valencia de Don Juan, 1921. Gracias a la colaboración de Carmen Rosa Torrents he podido manejar esa edición. Todas las noticias sobre la obra y las citas pertenecen a la misma.

***Huyéronse también desta ribera
a la parcialidad del enemigo
esclavos negros, gente novelera,
pensando de encontrar mejor abrigo,
y no pocos forçados de galera;
y unos y otros llevó consigo
con un mestizo tal que sin achaque
negó los nuestros por Francisco Drake.
(...)
dexando su cathólico gobierno
por ir a los profundos del infierno***
(p. 215)

Aunque no es oportuno abundar en esta cuestión, sí se hace necesario aclarar que muchas relaciones de la época advertían a la corona sobre estas “traiciones” de indios, negros y mestizos, pues había corrido la voz de que los invasores extranjeros les daban mejor trato, y que, incluso Drake había enterrado con pompas y honores a un mestizo peruano caído en combate. El propio Sarmiento de Gamboa había redactado un informe haciendo constar que los indios del Perú aplaudían la llegada de los ingleses, y que un grupo de nueve criollos navegó hasta Inglaterra para animar a Drake a nuevas correrías por América. En otro documento anónimo, titulado “Advertimiento cerca de la contratación que tienen los corsarios en algunas partes de Indias”, fechado en 1579, se atribuye la sucesión de victorias de los luteranos no a sus potentes embarcaciones y armamento, sino al “favor que tienen de los vecinos de las dichas partes, ciegos de la cobdicia y contratación de los tales”. También se relata cómo el corsario John Hawkins era recibido con asados y festejos por oficiales reales, “siendo tiempo de Cuaresma y Semana Santa”. Esta complicidad entre funcionarios de la corona y piratas y contrabandistas fue determinante en el saqueo de Cartagena de Indias. Su gobernador, Pedro Fernández de Bustos, fue investigado por tal causa, aunque el extravío de sus informes impidió su procesamiento. Su sucesor también fue acusado de connivencia con los ingleses: “En la ciudad se decía públicamente que hacía más daño en el gobierno que Drake en el saqueo”⁸

Este estado de cosas, revelado tanto por Juan de Castellanos en su poema como por cronistas oficiales de su época, es de sumo interés para comprender una realidad oculta bajo el discurso ortodoxo que re-

chazaba de plano a todo contrabandista o pirata de nacionalidad extranjera. Fuertes intereses económicos por parte de los colonos y criollos, así como el deseo de un trato mejor por parte de indios y negros esclavos, hacen que el denostado pirata sea a estos niveles un socio o un redentor. La divergencia entre el discurso oficial y la práctica real será determinante para comprender la gestación de *Espejo de Paciencia*, aunque en el poema de Balboa, a diferencia del de Castellanos, la oposición al corsario francés será unánime y presentará una sólida cohesión de todos los estratos de la sociedad cubana.

Sin embargo, el “Discurso” sobre Drake sí anticipa otros rasgos afines respecto a los poemas de Balboa y Cairasco de Figueroa. Revisarlos nos llevará a presenciar cómo se arma por primera vez en el espacio hispanoamericano la figura literaria del pirata, y cómo en lo ideológico y cultural se contraponen con sus asustados antagonistas de tierra firme.

Lo más notable del tratamiento que Castellanos da a Sir Francis Drake es esa ambivalente concepción entre lo admirativo y lo profundamente despectivo. El perfil de Drake es el de un cortesano de gran habilidad dialéctica, con gran capacidad para la ironía y para la elocuencia, para la negociación y para el ataque. Ahora bien, esa admiración se modifica en un gesticulante rosario de improperios: su fina ironía es vil cinismo, su valentía es atrevimiento transgresor, y todos sus potenciales virtudes se truecan en los peores defectos, ya que sirve a la Reina de Inglaterra y a la causa luterana: a Lucifer. El “ladrón inglés” (p. 53), al mando de sus “ministros del infierno” (p. 78) y de esa “dura pestilencia” (p. 63), atacará con “furor luciferino” (p. 88) al “pueblo que romana fee profesas” (p. 72). Demonizados como “luteranos infernales” (p. 85), la Reina, Drake y sus hombres quedan definitivamente en el plano del Mal:

***guiados al fondo del infierno
por una bestia falsa desalmada:
aquel gran charlatán y mostro fiero
que fué Martin Luder o mal Lutero***
(p. 93)

La doble agresión de los ingleses (económica y religiosa) será tratada como asunto patriótico y como guerra santa a los infieles, y, del mismo modo que los hombres de Bayamo, a la voz de “Santiago, cierra España” se entregan al combate, los de Cartagena de Indias se verán lanzados a la batalla entre gritos de “Santiago y a ellos”. Y aunque la contienda, por otra parte, no es la de dos bandos bien definidos, pues los criollos deben vigilar a los indios y a los que tienen impulsos

⁷Documentos aportados por Angel González Palencia en el Apéndice de su edición del “Discurso de el Capitán Francisco Drake”, op. cit. p. CVIII.

⁸Idem, p. CXIV.

de huir, el tratamiento general de la confrontación será altamente épico. Por eso el espacio asolado por los ingleses se compara con otros escenarios de vieja raigambre heroica (“... el estrago/ del troyano rigor o de Carthago”, p. 100). En ese mismo tono Castellanos describe los preparativos para la batalla en Cartagena de Indias, la dificultosa formación de un ejército heterogéneo, en el que los indios siembran la costa de púas venenosas mientras las altas jerarquías preparan estandartes y enseñas, al tiempo que corren rumores disolventes sobre un encuentro suicida contra los ingleses. Como en los poemas de Cairasco y en el de Balboa, la composición del ejército es variopinta: “negros y quinientos naturales” (p. 173), “vezinos y soldados” (p. 146), “los hombres de las rústicas haciendas” (p.148), “chicos y grandes” (p. 170)”, “armados caballeros y peones” (p. 155): “las más eran personas forasteras/ y ningunas pagadas ni contentas” (p. 149).

En este sentido las arengas militares vienen a fortalecer la moral de la dubitativa tropa criolla, librando a principios como el honor, el espíritu caballeresco o la fidelidad al Rey una causa que, en última instancia, es de Dios, que pagará con el más alto galardón:

***Aquí quien inmortal honra desea
camino se le muestra bien abierto
y pues por el honor de Dios pelea,
si alguno por ventura fuere muerto,
por paga tiene celestial presea
que es de los galardones el más cierto;
porque toda cathólica corrida
a este galardón ba dirigida***
(p. 164)

Y, en contraste con este trascendental destino, la arenga de Drake a los suyos deja ver su frío cálculo estratégico, así como sus desviaciones morales: materialismo, avaricia, y, veladamente, metafóricamente, violenta lujuria. Así, ante las costas de Santo Domingo, dirá a sus “cruelles sayones”:

***...vais a gozar ciudad questá donzella
de todo vellicoso rompimiento.
Pretendo que ninguno salga della
sino con el honroso vencimiento;
y como qual su deber haga
de gran prosperidad será la paga***
(p. 70)

Optimismo, confianza en su buena suerte, valentía y consecución del “provecho” son las bases psicológicas de Drake en sus alocuciones a sus soldados, y el espíritu de aprovechamiento, en la transcripción de Castellanos, se reviste de cinismo, cuando antes de atacar Cartagena, ofrece este premio:

***que si perseveráis, oy cenaremos
dentro de la ciudad a costa suya***
(p. 186)

Las descripciones de los combates participan también (excepto las mencionadas flaquezas de ánimo de algunos) del elevado tono épico, y, al tiempo, introducen algún que otro esdrújulo de esos que tanto gustarán a Cairasco: “horrisonos cañones” (p. 87), o “mortíferos rayos” de “cóncavos cañones” (p. 190). También con esdrújulos, Castellanos bestializa al enemigo como “fiera gente brutígena” (p. 102) que cae sobre la pacífica gente americana. Este procedimiento de animalización de los contendientes aparecerá también en Cairasco y en Balboa, evocando escenas violentas del mundo animal, de antigua tradición en la épica clásica. Así, en Castellanos, encontramos la comparación del guerrero con el “veloÇe leopardo” (p. 201), o la irrupción del lobo en el rebaño:

***...aquella destruiÇión y assolamiento
que hizo con su luterana hueste
el Capitán Inglés, dicho Francisco,
en este nuestro rezental aprisco***
(p. 2)

***...y así fueron en gran summa los robos
por estar sin sospecha destes lobos***
(p. 25)

En suma, por primera vez el poema de Castellanos intenta adaptar al tema de la piratería en el Caribe un molde canónico (el de la épica culta) y una serie de motivos heroicos para enunciar la confrontación de los antiguos colombianos con los piratas. Al margen de que Cairasco o Balboa hayan leído o no este poema sobre Drake, es relevante retener cómo un discurso marcadamente ideologizado cristaliza en formas y motivos que encontraremos en estos poetas canarios. Además, dejemos sólo apuntado como precedente el acriollamiento incipiente de estas formas, que se hace evidente en la convivencia de indigenismos léxicos (canoas, piraguas) con términos de prestigiosa resonancia clásica (nauta) y con otros de uso popular, que aparecen en el poema en forma de dichos, refranes o afo-

rismos tradicionales. Esta primera aproximación de un sistema literario culto a la casi innombrada realidad americana, a propósito de la piratería como tema desencadenante, constituye un precedente digno de ser tenido en cuenta antes de considerar las obras de Cairasco y de Balboa.

Cairasco y Balboa: la forja del mito insular

La posible conexión entre Silvestre de Balboa y su contemporáneo, el también grancanario Bartolomé Cairasco de Figueroa, ha sido rozada por la crítica en varias ocasiones. Raimundo Lazo, en su *Historia de la Literatura Cubana* (1974) hacía alusión a la influencia de Cairasco sobre Balboa y situaba en Gran Canaria el inicio de la formación literaria del autor de *Espejo de Paciencia*. También Lázaro Santana, en el prólogo a la primera edición canaria del poema, de 1982, sugiere la posibilidad de este contacto en virtud del cual se explica las “originalidades” (sobre todo los localismos léxicos) del poema, pues también se encuentran en la poesía de Cairasco y de Viana. Por su parte, Manuel González Sosa, en sus “Breviloquios en torno a *Espejo de paciencia*”, extiende la conexión al grupo de poetas que compusieron los sonetos que anteceden al poema de Balboa, considerando que “el grupo de Puerto Príncipe fue sencillamente una hijuela transmarina de la tertulia con pujos de academia renacentista que en los últimos lustros del siglo XVI reunía Cairasco en su casa de Las Palmas”⁹

En su libro sobre Silvestre de Balboa, el investigador cubano Enrique Saínz alude también a la posible conexión del autor de *Espejo de Paciencia* con Cairasco de Figueroa. En su monografía, Saínz acude al parentesco intelectual entre ambos poetas, así como a una experiencia estética común. Al no disponer de la obra de Cairasco, Saínz recurrió a algunos de los versos que Antonio Rumeu de Armas había reproducido en 1947, en su monumental trabajo *Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*. La similitud entre *Espejo de Paciencia* y *Templo militante*, que Saínz hace radicar en “el tono general y el octosílabo”¹⁰ es traída a colación para demostrar la autenticidad de la obra de Balboa. Intenta dilucidar así las dudas sembradas por autores como Carolina Poncet, quien, ante lo “moderno” de las octavas de Balboa sostenía que el poema fue falsificado o parcialmente manipulado en el siglo XIX por los poetas cubanos Echevarría y Delmonte,

con el fin de dotar a la literatura cubana de un origen que concordara con la ideología cubanista y antiesclavista de este grupo decimonónico. Un análisis más detallado del poema de Balboa a la luz de Cairasco y de otros poetas de su momento nos permite deducir la efectiva pertenencia de sus obras a un ámbito creativo común, situado cronológicamente en el tránsito del siglo XVI al XVII. Si Enrique Saínz hubiera podido disponer de otros textos de Cairasco, publicados con posterioridad a su investigación, hubiera podido constatar que más allá de las similitudes de tono y versificación, las concomitancias entre ambos poetas son profundas y significativas, y nos indican no sólo la autenticidad de *Espejo de Paciencia*, sino también su profunda conexión con la actividad poética de Canarias a finales del siglo XVI.

En otro trabajo anticipé ya la comunidad de la visión de la realidad insular canaria y la cubana en los respectivos textos de Cairasco y de Balboa¹¹. Centrándome en la célebre alegoría mitológica de Balboa (aquellas náyades y ninfas que ofrecen productos autóctonos al recién liberado obispo; o los sátiros, faunos y silvanos que danzan en el festejo al son de tambores y marugas), pude demostrar que la alegoría clásica era utilizada para glorificar y mitificar en el plano poético a la población autóctona de Cuba, y, en especial a los indígenas. Algunos textos de Cairasco, donde también aparecen los pobladores de Gran Canaria repeliendo el ataque del pirata Drake, sirvieron como “reveladores” del sentido oculto tras la alegoría manierista de Balboa, pues nos ayudaban a completar el complejo proceso poético de sustitución que subyacía en la visión de Balboa. De este modo, cuando Cairasco evoca a los guerreros descendientes de los aborígenes canarios, los compara con “sátiros salvajes”, del mismo modo que ve a las naturales de la isla como “náyades”, “driades”, “napeas”, “hamadriades” o “nereidas”, huyendo despavoridas del ataque del pirata inglés¹². Ello nos permite deducir que la alegoría de Balboa no es producto de una imaginación caprichosa y extemporánea que lo condujo a insertar una fantasía extraña, superpuesta como un *collage* al espacio cubano de su relato; tampoco creemos que haya trasladado de forma puramente

¹¹El mito insular en *Espejo de Paciencia*, de Silvestre de Balboa. La percepción poética del otro”, en *Encuentro de escritores canarios*, La Gomera, 1992. Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1994.

¹²De las cavernas y cumbres/ bajaron como alemanes/ mil Doramas y Adargomas, / Maninidras, Bentagaires./ Chambenegueres valientes./ Autindanas memorables./ saltando por esos riscos/ como sátiros salvajes” (Bartolomé Cairasco de Figueroa: *Antología Poética*, ed. de Alejandro Cioranescu, S/C de Tenerife, Interinsular Canaria, 1984, pp. 97-98) Todas las citas de los versos de Cairasco remiten a esta edición.

⁹en *Homenaje al profesor Sebastián de la Nuez*. Universidad de La Laguna, Secretariado de Publicaciones, 1991, p. 98.

¹⁰Enrique Saínz, *Silvestre de Balboa y la literatura cubana*. La Habana, Letras Cubanas, 1982, p. 47 (nota)

mimética ese tipo de alegoría que se encuentra en modelos tan notorios como Garcilaso de la Vega¹³; por el contrario, entre los naturales de la isla y esos sátiros y ninfas hay una analogía implícita que se resuelve en la sacralización estética del hombre insular, como si él encarnara la belleza salvaje que la imaginación europea inventó¹⁴.

Y es que, aunque Balboa, en sus líneas preliminares dedicadas "Al lector" explica que para expresar la alegría por la liberación del obispo situó en el mismo plano "no sólo los vecinos del Bayamo, sino también las ninfas de los montes, fuentes y ríos"¹⁵, también hay que tener en cuenta que ese ornamento literario ha cobrado un sentido específico en el contexto cubano del poema. Ahí, sin que la relación analógica esté claramente explícita, hay un momento en el que Balboa, antes de describir la fiesta celebrada en honor del obispo liberado, anticipa:

***Al generoso Obispo echan en tierra
Con salva general de los navíos.
Estaba ya la gente de la tierra
Esperando en los árboles sombríos
Al bendito Pastor, que ya venía***
(p. 56)

Parece, por tanto, que la alegoría manierista se enraza en un enclave local y temporal concreto, y que es posible naturalizar el pasaje del festejo en relación con los citados versos, cuando cuatro octavas más adelante, leemos:

¹³ El paralelismo entre la Égloga II de Garcilaso y **Espejo de Paciencia**, así como otras tradiciones e influencias, ha sido recientemente analizado por Juana Goergen en su libro **Literatura fundacional americana: El Espejo de Paciencia**. Madrid, Pliegos, 1993. En este trabajo se estudia la posición del poema entre la imitación de los modelos (épicas, pastoriles, eglógicos) y la diferencia y americanización de los mismos. Vid. especialmente pp. 37-64. En textos ya americanos, como el citado **Elegías de Varones Ilustres de Indias**, también se encuentra la metáfora que identifica a estos seres fantásticos con los indígenas antillanos: "Muchas ninfas andaban por las aguas/ nadando, los cabellos esparcidos/ E indios en canoas y piraguas". La familiaridad con los términos autóctonos y el bodegón de frutos locales también aparece en su poema.

¹⁴ Podemos relacionar este fenómeno con la primera visión de América transmitida por Cristóbal Colón en su Diario de Navegación, cuando cree encontrar en las islas antillanas aquellas amazonas, cíclopes y cinocéfalos imaginados a partir de sus lecturas. También con el primer perfil del "buen salvaje", originado en la imaginación de Colón.

¹⁵ Silvestre de Balboa: **Espejo de Paciencia** (ed. de Lázaro Santana). Biblioteca Básica Canaria. Madrid, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1988; p. 25. Todas las citas del poema correspondrán a esta edición.

***Sálenle a recibir con regocijo
De aquellos montes por allí cercanos,
Todos los semicapros del cortijo,
Los sátiros, los faunos y silvanos***
(...)

***Bajaron de los árboles en naguas
Las bellas hamadriades hermosas
Con frutas de siguapas y macaguas***
(p. 58)

Esta lectura nos permite deducir la ambivalencia de la alegoría utilizada por Balboa, ya que por un lado se enlaza con la prestigiosa tradición de la poesía culta renacentista, de inspiración clásico-mediterránea, y por otro lado llena esos moldes de la tradición con un contenido autóctono cubano, antes innombrado en la escritura colonial. Además nos demuestra no sólo que Balboa, conocedor de la obra de Cairasco, pudo tomar de su influjo próximo un código poético adecuado para elevar a alturas míticas a las gentes de la isla, sino que en ambos se produce un fenómeno literario de gran importancia y envergadura: la adopción de motivos y códigos poéticos de la tradición clasicista mediterránea para definir en términos estéticos experiencias específicas de una realidad insular nueva que busca su enunciación literaria en otra coordenada cultural e histórica: la coordenada atlántica.

Pero las coincidencias entre Cairasco y Balboa van más allá de esa común exaltación del hombre natural de ambas islas con los enunciados poéticos de la barbarie mitológica, fruto de una percepción admirativa de la alteridad isleña.

Si nos ceñimos al tema de la piratería que nos ocupa en este trabajo podemos ir viendo hasta qué punto es significativa no sólo la interpretación ideológica de esa realidad histórico-social, sino también, sobre todo, el modo en que esa posición encuentra una cristalización poética con rasgos comunes.

Bartolomé Cairasco de Figueroa presenció varios ataques de piratas a su isla, dejando memoria de uno de los más impetuosos, el de Francis Drake en 1595, en algunas composiciones. Una de ellas, el "Canto heroico a la victoria que ganó Canaria de la poderosa armada de Francisco Drake, a 6 de octubre de 1595...", perteneciente a su *Esdrújúlea*, ofrece otra versión respecto a los versos incluidos en una parte de "Grandezas de Canaria", de *Templo Militante*, bajo el epígrafe "Cantores".

Pero en el poema de Balboa -y esto debe ser recordado para una valoración objetiva de la obra- estamos ante un episodio de importancia sólo local, donde no se cuenta exactamente la verdad de los hechos aconte-

cidos en el puerto de Manzanillo, y donde el oponente no es un pirata en sentido pleno, aunque aparece tratado como tal. Como ha demostrado el historiador cubano César García del Pino, el francés Gilberto Girón, Señor de la Ponfiera, -llamado en los documentos Le Ferrier- era un corsario armado para el pillaje por un mercader de Londres. Al secuestrar al obispo este hugonote cometía un doble crimen: atentar contra una alta jerarquía religiosa de la iglesia católica y, lo peor: perturbar inesperadamente un sistema de comercio ilegal, pero bien arraigado en Bayamo y sus alrededores, que unía por los lazos del interés común a los cubanos de esa región con los contrabandistas de distintas nacionalidades. La obtención de pingües beneficios en esta práctica del comercio de rescate, de la que muchos se beneficiaban, había sido amenazada en esos tiempos por dos factores: el primero fue la presencia del licenciado Suárez de Poago en Bayamo, en 1602, encontrando culpable de comercio ilegal a todo el pueblo; el segundo fue la llegada del obispo Cabezas Altamirano, que con el pretexto de hacer una limpieza en aquellos pagos, cobró diezmos y derechos reales sobre las cantidades ganadas por los bayameses en el contrabando, consiguiendo amasar una sustanciosa fortuna. El obispo, pues, era consentidor del tráfico de rescate, pero al mismo tiempo era un elemento molesto entre los contrabandistas de Manzanillo, dado que consumía con sus diezmos los beneficios de los lugareños. Entonces -como sospecha García del Pino- es natural que los bayameses y sus socios extranjeros quisieran eliminar de un solo golpe a los dos elementos perturbadores de su próspera paz comercial, pactando con el corsario el secuestro y rescate del obispo, y traicionándolo posteriormente hasta el punto de matarlo en esa acción "heroica" narrada en el poema:

Que al episodio se le revistiera de epicidad no es de extrañar. El escándalo debe haber sido demasiado sonado para que se le pudiera silenciar, pero se podía desvirtuar. De ahí las largas relaciones, la versión del combate, el asegurar -una vez más- que han desaparecido los rescates y como colofón nuestro primer poema, *Espejo de Paciencia*¹⁶

Varios de los "héroes" que vengan al obispo eliminando a Girón en el poema son personajes activos y preponderantes del contrabando: el cabecilla Gregorio Ramos, Francisco Puebla, Canónigo de Cuba, los extranjeros Jacques y Pompilio, responsables de pactar el rescate...Y el mismo Balboa, entonces vinculado a Gregorio Ramos.

Por lo tanto, Balboa enmascaró los oscuros aconte-

cimientos históricos con un discurso ideológicamente ortodoxo en el que se utiliza la prestigiosa lengua poética, los resplandores de la épica culta, la respetable octava real, y todos los tópicos de la tradición pastoril y eglógica de la metrópoli. Los hechos históricos falseados se corresponden con una voz poética indudablemente impostada, que le sirve para revestir de una paralela ortodoxia literaria la verdadera esencia del poema.

Por lo demás, el colectivismo, el enaltecimiento de lo local (hombres, razas, productos de la tierra) resuenan entre la falsedad de los hechos con inusitada pujanza y autenticidad. "Lo nuestro", "los nuestros", y el espacio insular cubano alcanzan así, con palabras prestadas, la primera enunciación literaria y su mitificación.

Después de haber recordado este oscuro origen de *Espejo de Paciencia*, donde el profuso ramaje de su estilo pretende disfrazar la verdad de los hechos, podemos considerar mejor la ironía profunda que subyace en todo el entramado de intertextualidades, en la adopción de tópicos y en la asunción de un discurso ideológico que encontró en variadas lecturas, pero, sobre todo, en una muy próxima a su coordinada cultural: en la fantasía insular-atlántica de Cairasco de Figueroa, poeta que, por su parte, no era en absoluto sospechoso de irregularidad alguna.

Aunque no podemos analizar exhaustivamente todos los casos de posible parentesco textual, nos detendremos en algunos de ellos. En primer lugar, y en el plano ideológico-moral, la tipificación del enemigo es presentada como polo opuesto a la de los isleños, fieles a la monarquía católica, dentro de una concepción totalmente dual y maniquea. En "Grandezas de Canaria" Cairasco nos presenta a las dos islas (Inglaterra y Gran Canaria) personificadas en dos damas de opuesto talante (soberbia/ humildad). Y aunque "de gallardos pechos ambas", Inglaterra traicionó su destino católico, mientras la otra se embelleció gracias a su fe. En otros poemas, como "San Felipe y Felipe II", donde se cantan las glorias del monarca español en sus guerras contra las potencias europeas, Cairasco demoniza a los países protestantes situándolos bajo el auspicio de Luzbel, al tiempo que por la infidelidad religiosa sitúa a franceses, alemanes e ingleses a la misma altura que "el turco, el indo, el moro" (p. 111), en el conjunto de bárbaros y gentiles ajenos a la "verdadera fe". En este texto, los países europeos enemigos aparecerán aludidos como "sierpe infernal", "fiera harpía" o "dragón horrendo". Estos calificativos caracterizan genéricamente a los países protestantes, pero el último de ellos ("dragón") será también, por afinidad fonética, atribuido específicamente a Drake, quien

¹⁶César García del Pino: "El Obispo Cabezas, Silvestre de Balboa y los contrabandistas de Manzanilla." *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, Mayo-Agosto, 1975, p. 41.

aparece denominado como el “dragón pésimo” (p. 199) en el “Canto heroico”.

Un enfoque muy similar lo vamos a encontrar en el poema de Balboa, donde Gilberto Girón personifica un país enemigo contra el que se batían los “valientes insulanos” que “mostraron contra Francia sus aceros” (p. 44). Y, aunque Balboa respeta las normas de la épica confiriendo grandeza y valentía al enemigo, para así dar más relevancia a la victoria sobre él, no escamotea calificativos denigrantes que giran siempre en torno a su desviación religiosa: el “maldito” Girón mostrará “arrogancia y voz luciferina” (p.47), pues no en vano es “un atrevido luterano, temerario y osado, de su codicia apasionado” (p. 43), que encabeza un ejército de “infeles” (47), “gente sacrílega y malvada” (p.49), “heréticos sayones” (p. 52) de “conciencia larga” (p. 50)

La arenga que Cairasco pone en boca de Drake expresa sobradamente el propósito puramente materialista del inglés, cifrado en su codicia y en su lujuria. El cálculo, el desprecio por el enemigo (“en Canaria no hay defensa/ ni saben qué cosa es Marte”, p. 99) y la confianza en una rapiña fácil se oponen claramente al espíritu canario que, mientras repele valientemente al enemigo, atribuye su victoria a la tutela divina:

***y dense las gracias della,
después de Cristo, a su Madre,
a Santa Ana y a San Pedro,
de Gran Canaria pilares.***
(p. 106)

El mismo desprecio por el enemigo cubano expresa Girón en una arenga que, también, celebra positivamente la “dulce vida regalada” (p.74), mientras que Gregorio Ramos pondrá el énfasis en la muerte heroica como antesala de la vida eterna, declarando que “esta es causa de Dios” (p. 69).

En Cairasco, la oposición ideológica entre católicos y luteranos queda resuelta en el triunfo de los canarios, agrupados en un conjunto heterogéneo de guerreros que aparece denominado orgullosamente como “los nuestros”. En el “Canto heroico” se nos detalla la extracción multiclasista del improvisado ejército que se une solidariamente frente al enemigo común: “la nobleza magnífica”, la Audiencia, “el gran caudillo eclesiástico”, “la Inquisición clarífica” (p. 199). La pirámide social descrita desde la cúspide hasta su base, incluyendo oradores, astrólogos, filósofos y teólogos, se completa con los rudos hombres del interior, herederos del arte bélico de los aborígenes guanches, evocados genéricamente con los nombres de los míticos

caudillos que repelieron en su tiempo a los conquistadores españoles: Doramas, Maninidra, Bentagayre... Ese mismo colectivismo, enriquecido por la distinta procedencia étnica de sus componentes, aparece como uno de los rasgos más característicos de **Espejo de Paciencia**:

***De Canarias, Palacios y Medina
Pasan armados de machete y dardo,
Juan Gómez, natural, con punta fina,
Y Rodrigo Martín, indio gallardo;
Cuatro etíopes de color de endrina***
(p.67)

Balboa se permite, no obstante, abundar en la “horizontalidad” de ese ejército donde, hombro con hombro, van los señores y los esclavos, subrayando admirativamente ese hecho y culminando con la petición de la libertad para Salvador Golomón, el negro que consuma la venganza dando muerte a Girón. El retablo donde se inscriben tan variopintos guerreros ha deshecho la jerarquía piramidal-feudal para proponer un conjunto solidario que proyecta la imagen luminosa de una utopía social y racial regida por la unión en el valor y en la defensa de lo propio.

Dentro del modelo épico que inspira a Cairasco y a Balboa en sus respectivos versos, y aparte de la transcripción de las arengas por los jefes de ambos bandos, encontramos que los dos poetas comparten algunos recursos muy similares. En primer lugar, la comparación del acontecimiento insular con los grandes espacios épicos de la tradición europea: en el “Canto heroico” Cairasco calificará la batalla como “belo púnico” (p. 201), a los navegantes ingleses como “argonautas” y a Drake como “Marte armígero” (p. 201). En “Grandezas de Canaria” Drake aparece también como un “fiero Marte” (p. 103), mientras los naturales de la isla se defienden como “Roldanes” (p. 98). La desproporción se hace más evidente en *Espejo de Paciencia* cuando Balboa afirma que “nuestra Troya es hoy Bayamo” (p. 45), y que hay también en América “muchos Martes” (p. 63). El dios de la guerra encarna, por ejemplo, en Miguel López, que mata franceses “con más furor que el iracundo Marte” (p. 71), mientras que el capitán Gregorio Ramos llevará empalada la cabeza de Girón “representando un Marte fiero, airado” (p. 81). Por su parte, Martín García participa en el desfile “Con su pluma de gallo en el sombrero/ más gallardo que Reinaldos ni Rujero” (p. 65).

Otros recursos de la tradición literaria aparecen, como en Castellanos, en Cairasco y en Balboa. Uno

de ellos, muy llamativo, es el de la concurrencia de otros seres mitológicos que salen de las aguas marinas para participar en los acontecimientos históricos. En *Espejo de Paciencia* Neptuno y otros habitantes del mar, salen de las aguas para acercarse a la nave donde permanece secuestrado el obispo y ofrecerle su ayuda, que es rechazada:

***Luego por todo el reino de Neptuno
La fama publicó caso tan feo;
El cual con Thetis, Palemón, Portuno,
Glauco, Atamantes, Doris y Nereo
Y las demás deidades de consuno,
Pherco, Salacia, Brontes y Proteo,
Las focas y nereidas en concierto
Llegaron a la nave de Gilberto.***
(p. 55)

Cairasco había acudido a la misma alegoría marina en “Grandezas de Canaria”, cuando estos habitantes del mar Mediterráneo son trasplantados por su inspiración a la costa atlántica de Gran Canaria para ser espectadores de la batalla contra Drake con el fin de laurear al vencedor “de perlas y corales”:

***Acudieron al ruido
las marines deidades,
Palemón, Portuno y Forco,
Melicerta y Atamante;***

***acudió Glauco y Nereo
y Proteo el de Carpate,
las focas y las nereidas
con Doris la bella madre.***
(p. 101)

Y por último, nos detendremos brevemente en otro tópico literario muy significativo en ambos poetas, y también utilizado por Castellanos: la adopción de metáforas y comparaciones tomadas del mundo animal para representar el efecto del ataque bélico sobre sus contrincantes. En Cairasco son varios los momentos en que se recurre a este tradicional motivo épico que, dicho sea de paso, aparece en *La Araucana* y que, en prosa, ya tenía una fuerte impregnación ideológica en los textos de Fray Bartolomé de Las Casas, cuando representaba a los españoles como fieras hambrientas que caían sobre los indios, las mansas ovejas.

En “Canto heroico” serán los naturales de Canaria los que representen el papel del pastor, ahuyentando

al lobo (los ingleses) de la proximidad del rebaño. De este modo se representa la forma en que los “diez semicapro hórridos” (p. 202) caen sobre los desprevenidos hombres de Drake, que descansaban de la batalla en Arguineguín, haciéndolos abandonar definitivamente la isla. En “Grandezas de Canaria”, los ingleses retroceden como “tímidos pollos” del “milano que se abate” (p. 105); las damas se asustan como palomas ante la amenaza del azor, y los canarios serán comparados con arcabuceros contra una bandada de zorzales:

***así diestro arcabucero,
viendo bandas de zorzales,
les tira con perdigones
y unos vuelan y otros caen***
(p. 103)

La imagen de Balboa, cuando nos describe al “lobo Gilberto” secuestrando en la noche al “pastor santo”, aporta una curiosa variante y amplificación:

***O, cual en la Canaria en apañadas
Acechan cabras ágiles cabreros,
Que en los riscos están y en las aguadas
Despuntando la grama en sus oteros;
Y estando así paciando descuidadas
Dan de repente en ellas los monteros,
Y con el sobresalto que allí influyen,
Unas quedan paradas y otras huyen***
(p. 49)

Esta imagen, que Balboa construyó evocando su isla natal, lo conecta con la ancestral práctica de los pastores canarios y, además, en virtud de la analogía, parece tender inconscientemente un puente (verbal, existencial) entre ambas islas: Gran Canaria (en la memoria) y Cuba (en la experiencia del momento).

Cairasco pretendió mediante la escritura poética la fundación de una identidad insular atlántica, dotando a las Islas Canarias de un mito literario (la selva de Doramas, o los Atlantes como origen del pueblo guanche)¹⁷. Esos elementos “espejean”, en el poema de Balboa, quien, leyendo a Cairasco pudo encontrar las bases para una construcción poética de la

¹⁷ Angel Sánchez, en su Prólogo a la *Antología Poética* de Cairasco de Figueroa (Madrid, Biblioteca Básica Canaria, 1989), atribuye a este poeta la fundación del mito aborigen insular, mediante la inclusión del guanche, descendiente de los Atlantes, en la mitología literaria de Canarias. Sobre el mito de la selva de Doramas y el de la princesa Dácil (presente en Antonio de Viana), vid. Andrés Sánchez Robayna: *Poetas canarios de los Siglos de Oro*. La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 1990.

insularidad cubana y de sus habitantes. Esa verdad de su poema, pese a sus deudas literarias y a las mentiras históricas, parece incuestionable.

La lectura de sus respectivas obras, aparte de la inicial afinidad temática, con el pirata como eje, y aparte de la similitud de tópicos y recursos tomados de la tradición heroica y arcádica, revela una concepción dialéctica y tensa entre dos polos de difícil conciliación: la deuda con la tradición de la alta cultura, impuesta y reconocida como máximo paradigma con la colonización, y la adaptación de esa lengua literaria a una realidad diferente, periférica y marginal que se sien-

te tan atraída por los grandes modelos del humanismo occidental (y no se concibe entonces la posibilidad de otros) como necesitada de la expresión de su propia identidad, de su peculiaridad, de su diferencia.

El tema de la piratería, como se ha podido apreciar, genera un gran movimiento aglutinante de elementos del canon literario (sobre todo épicos), pero a la vez ofrece a través de la figura del pirata un personaje narrativo de gran eficacia, tanto por su comportamiento intrínseco, en la dinámica de la acción, como en la reacción ideológica que suscita: una incipiente y problematizada formulación de la identidad atlántica.